

Monumento y Memoria

Federico Campbell

Guadalupe de la Torre, Jacinto Barrero, *Monumentos Históricos. Baja California*, México Inalt, Gob. de Baja California 1988, (Colección Monumentos Históricos), 85 pp.

Es admirable ver cómo en un texto tan breve, Guadalupe de la Torre y Jacinto Barrera han logrado su composición de lugar: una visión del norte de la península a través de sus monumentos y lugares históricos que —a pesar de que no comparecen en ella rostros y personajes sino construcciones, casas, misiones de adobe, vestigios y puentes, es decir, objetos inanimados— a cada página se va volviendo más viva e interesante.

Un monumento no necesariamente es un altar a los próceres ni la celebración de una obra maestra arquitectónica. Un monumento es antes que nada una memoria: una inscripción en la geografía humana, una marca histórica, así sea un montículo de adobe o una iglesia barroca. Así, *Monumentos históricos de Baja California* obedece a una periodización que, en palabras de Sonia Lombardo, va de la "conquista, la evangelización, la colonia y la independencia; el estado nacional con la república res-

taurada y el porfiriato, a la revolución y los gobiernos posrevolucionarios hasta el cardenismo".

Guadalupe de la Torre y Jacinto Barrera han trazado un panorama histórico de la parte norte de la Baja California a través de sus signos arquitectónicos y de vivienda. Ciertamente, como dicen los autores, la integración del estado de Baja California al resto del país —por su lejanía y su aislamiento— fue tardía. Desde las primeras incursiones de los navegantes españoles y de los jesuitas, la árida península fue apropiada y aculturizada en relación constante con la Nueva España y con lo que a partir de 1824 sería la nación. Por escasos y lentos que fueran estos primeros pasos, la península nunca fue abandonada como una isla a la deriva.

El proceso de conquista y aculturación de la California jesuítica, de 1697 a 1768, cuando fueron expulsados los misioneros de Loyola de la Nueva España, establece los primeros hitos, los primeros momentos de fundación.

Al hacer una lectura de estos signos históricos —que están allí para dejarse leer; misiones en ruinas, promontorios erosionados de adobe, rústicas casas de ranchería y vaquería, planos urbanos, hu-

mildes iglesias, casas de madera de vago estilo británico y norteamericano, escuelas rurales, edificios públicos, puentes para el ferrocarril, hoteles, cantinas y casinos— los autores nos van permitiendo ver cómo ha sido el quehacer histórico social de los bajacalifornianos, cuál ha sido su relación con la naturaleza y el medio ambiente.

Momentos de fundación son desde una piedra colocada por la mano de un jesuita o un franciscano hasta un edificio público como el palacio de gobierno de Mexicali, desde una choza en un rancho de la sierra hasta la torre de la lavandería del casino de Agua Caliente en Tijuana, desde la compuerta de un canal de riego en el valle de Mexicali hasta la cortina de la presa Rodríguez, desde el plano regulador de Tijuana en 1889 hasta cada una de las casas ensenadenses de madera que se importaban desarmadas de California o se compraban y encargaban a través de catálogos a unas empresas de Nueva Inglaterra.

A lo largo del libro, "la historia de Baja California recorre un segundo camino que se inicia con el proyecto colonizador de las misiones, promovido por las autoridades virreinales, y cuya decadencia

la hace un territorio virtualmente inconexo del resto del país y del mundo hasta los años cuarenta del siglo pasado, en que de manera prácticamente fortuita continuó formando parte del territorio nacional tras la guerra contra los Estados Unidos”, escriben Guadalupe de la Torre y Jacinto Barrera.

“A partir de esos años, las posibilidades y peligros a los que se enfrenta la Baja California corresponden directamente a los impulsos de su vecina California: los capitales necesarios para la extracción del oro, la formación de las compañías colonizadoras, la construcción de obras de irrigación y de casinos y de prostíbulos, provendrán de allá, haciendo que el fantasma de la anexión encarne en más de un aventurero (William Walker, 1856; Dick Ferris, 1911). Este periodo de la historia de Baja California se cierra, al menos provisionalmente, cuando el emporio agrícola de la compañía norteamericana Colorado River Land es expropiado por el gobierno del general Lázaro Cárdenas en 1937, con lo cual la base del desarrollo

económico en la región quedó en manos de campesinos mexicanos.

“Estas características generales de la historia de Baja California se manifiestan en la arquitectura de los diversos asentamientos que lo componen. Así, tanto en el trazo original de las ciudades, como en los estilos arquitectónicos de sus edificios públicos y privados, y en los materiales y técnicas constructivas, se encuentra la impronta de los modelos finiseculares imperantes en Inglaterra y los Estados Unidos; a excepción de los vestigios de la arquitectura misional del periodo colonial, y las edificaciones porfirianas, que en aras de reafirmar la identidad nacional fueron, paradójicamente, diseñadas con base en el modelo europeizante en boga en la ciudad de México durante esos años”, nos dicen los autores.

Si en *Noticias de la península americana de California*, publicada en 1772 por el padre Juan Jacobo Baegert, la península “no es más que una piedra”, en *Monumentos históricos de Baja California*, de Guadalupe de la Torre y

Jacinto Barrera, la parte septentrional de la península va configurando su rostro histórico. El trabajo de los investigadores nos permite reconocer, apreciar, en una suerte de arqueología arquitectónica, que la península de piedra y sin agua poco a poco fue humanizándose y mexicanizándose, al salvar sus hombres y mujeres los obstáculos de la naturaleza. De esa manera, al enseñarnos a leer los signos arqueológicos y arquitectónicos del estado de Baja California, los autores nos recuerdan que un monumento también es memoria y que escribir es recordar y aprender de memoria... lo cual nos lleva a asociar que en el verbo recordar —es decir, en el trabajo del historiador— se esconde la raíz etimológica de la palabra *corazón*, y que la cosa que sabemos de memoria a través de los libros la sabemos por medio del corazón, o sea, la amamos, como si el recordar fuese amar, según nos dice el escritor italiano Alberto Savinio, es decir: que la cosa recordada la guardamos en el órgano mismo de los afectos.

El regalo de Quetzalcóatl

Rosa Casanova

Arturo Warman, *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto de Investigaciones Sociales, 1988, 279 pp. (Sección de Obras de Historia).

Las historias que estudian el proceso de inserción de los productos

americanos en la cultura material son aún escasas, sobre todo si pensamos en la riqueza de temas y de perspectivas posibles de desarrollar. Encontramos referencias-sugerencias diseminadas en historias agrarias, económicas, de las mentalidades, culinarias, en libros de botánica o de literatura. Pocas recrean los procesos, difíciles de

medir o cuantificar, por medio de los cuales un producto es aceptado o rechazado.

Regalo de Quetzalcóatl a los hombres, objeto de culto sagrado y de estrictos ritos propiciatorios para asegurar su cosecha, el maíz fue uno de los tantos dones americanos otorgados a los descubridores y conquistadores del continen-